

# BARIRAS Y COBARIAS\*

Alvaro Chavez Mendoza

El primer paso para entender estos grupos es su mejor conocimiento, no en cortas visitas de gran despliegue publicitario, sino con una constante labor de acercamiento y convivencia. Futuros estudios sobre su religión, organización social y demás instituciones complementarán nuestros conocimientos sobre estas tribus.

Según algunos investigadores, los indios bariras pertenecientes a la familia Chibcha y pobladores de la Sierra de Perijá, son quienes deben llevar el nombre de Motilones, pues a ellos se les aplicó originariamente, extendiéndose luego esta denominación a los yukos, que son caribes. Sin embargo hoy se da ese nombre tanto a yukos como bariras y cada estudioso procura aportar pruebas y ensaya teorías que demuestran que el grupo por él investigado corresponde a los verdaderos motilones.

Tal vez la mejor solución a ese problema consista en ignorarlo, en dejar a un lado discusiones por un mero nombre y pasar a considerar lo verdaderamente importante: cada uno de los grupos indígenas que hoy ocupan la Motilonía es una sociedad integrante de nuestra nacionalidad y por lo tanto con pleno derecho a una efectiva ayuda para mejorar su nivel de vida, sin romper la estructura

social y las bases culturales que dan consistencia a su agrupación y la hacen merecedora al respeto y, por consiguiente, a su incorporación al país por medio de relaciones cordiales y en ningún caso por imposiciones.

El primer paso para entender estos grupos es su mejor conocimiento, no en cortas visitas de gran despliegue publicitario, sino con una constante labor de acercamiento y convivencia. Estos primeros contactos realizados por antropólogos, trabajadores sociales y demás personal debidamente facultado para ello, darán las bases para una segunda etapa a cargo de expertos agrícolas, mejoradoras de hogar y todo el equipo humano necesario para una interculturación eficaz, sin menoscabo de ninguna de las partes.

Los datos antropométricos de este artículo fueron tomados en un grupo de indios bariras o dobokubí, en la región del Río de Oro, Norte de Santander. Viven estos indios en construcciones comunales, grandes bohíos ovalados de madera y palma, donde cada núcleo familiar cuenta con un área determinada. Se alimentan de la pesca, la caza y la recolección de frutos silvestres. El hom-

---

\* Publicado en: Lámpara, 1ª entrega. Bogotá, 1965, pág. 40. ©

bre es diestro en el manejo del arco y de la flecha; la mujer es habilidosa tejedora de fibras vegetales, con las cuales fabrica cestos.

Sus características físicas son: la cabeza braquicéfala, de altura mediana y frente vertical, no presenta prognatismo ni arcos superciliares. La cara mediana, corresponde a un índice facial mesoprosopo. La nariz, de lomo y base anchos, raíz media y perfil recto, tiene las aletas gruesas y salientes. La boca es grande, de labios finos o medianos y dentadura blanca y sanal.

Los ojos, de color castaño oscuro, son marcadamente mongoloides, con el ángulo externo hacia arriba y hacia afuera. Hay un gran porcentaje de párpados espesos, formando un pliegue interno o completo sobre las pestañas.

El cabello es negro, lacio, grueso y abundante, con el típico corte motilón. El pelo en el cuerpo es escaso. Es característica distintiva del barira depilarse cejas y pestañas, por estética. También se raspan el vello púbico y axilar.

De estatura mediana, manos y pies grandes, compleción robusta y piel de color castaño amarillento, los bariras, tanto hombres como mujeres, tienen tendencia a ser cascorvos. Los hombres están más armoniosamente desarrollados que las mujeres; éstas tienen el vientre abultado y los senos caídos. En los niños el parasitismo se refleja notoriamente en el abultamiento del vientre.

El indio usa un guayuco que cubre las partes sexuales y se sostiene con una cabuya en la cadera. Algunos usan cabuyas amarradas a las muñecas con el fin de amortiguar el golpe de la cuerda del arco al dispararlo. La mujer se envuelve en la cintura un trapo y a veces lleva collares de semillas. Los niños andan casi siempre desnudos. A los más pequeños los carga la madre sobre la espalda, agarrándolos por un brazo.

Futuros estudios sobre su religión, organización social y demás instituciones, podrán ir completando el conocimiento de este grupo Chibcha.

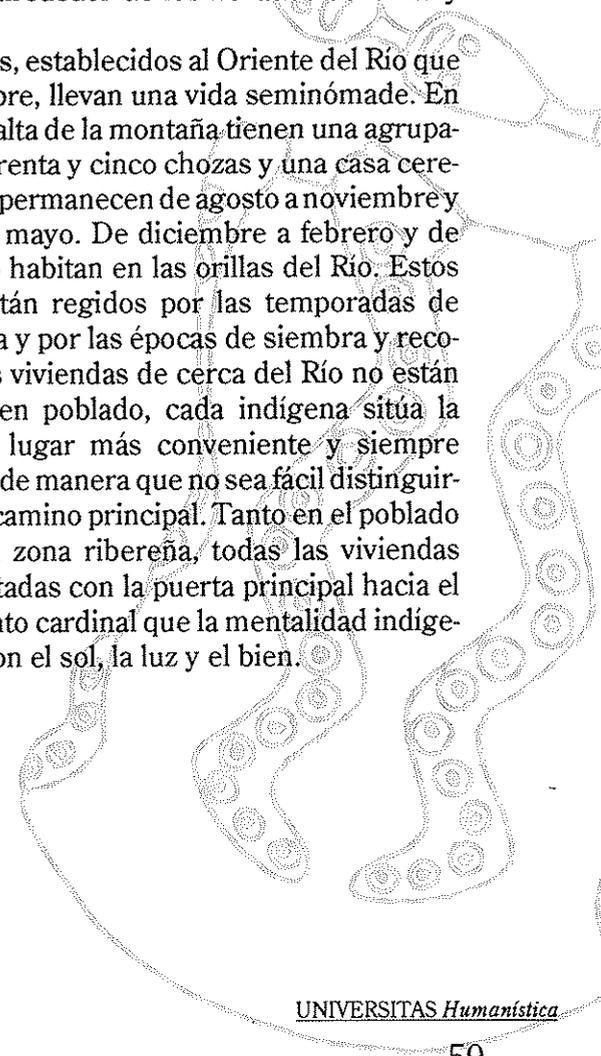
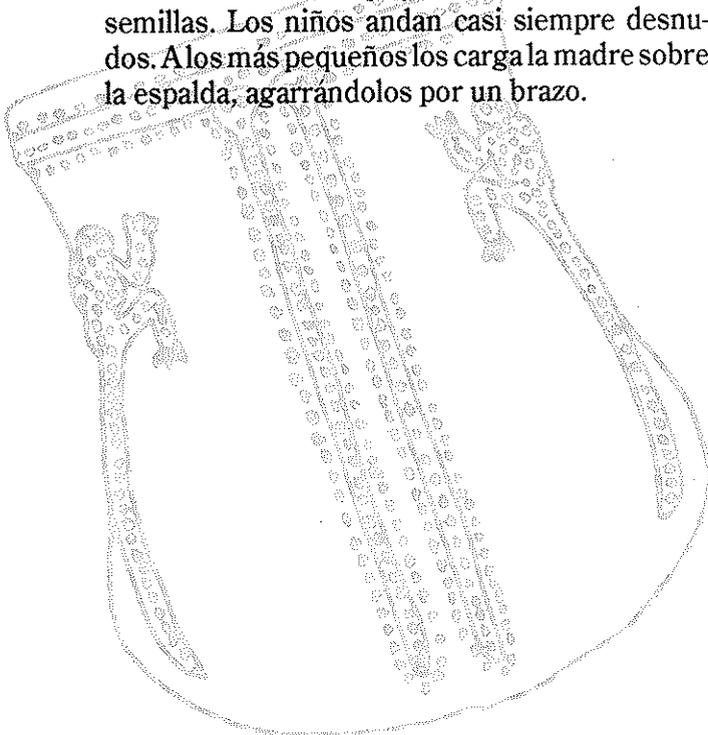
### La vivienda de los Cobarías

La tunebia actual está localizada en la región limítrofe de los departamentos de Boyacá y Norte de Santander. Esta zona va desde los llanos de El Sarare, pasa por tierras montañosas y agrestes, hasta alcanzar los picos de la Sierra Nevada del Cocuy. Comprende, por tanto, toda clase de climas, desde los cálidos de las regiones bajas hasta las nieves perpetuas.

La región se distingue por ser generalmente lluviosa: los aguaceros son copiosos y seguidos desde marzo hasta noviembre, con un pequeño período de días soledados en julio. Diciembre y enero son de tiempo seco y cielo despejado, en esta época los ríos disminuyen su caudal y los caminos se hacen más transitables.

Los tunebos pertenecen a la gran familia lingüística Chibcha. Los principales grupos actuales son los cobarías y los tegrías en las márgenes Oriental y Occidental del Río Cobaría, los unkasias en la zona de los ríos Chitagá y Marguá y los bocotas y sínsigas alrededor de los nevados de Chita y Güicán.

Los cobarías, establecidos al Oriente del Río que les da nombre, llevan una vida seminómada. En una región alta de la montaña tienen una agrupación de cuarenta y cinco chozas y una casa ceremonial. Allí permanecen de agosto a noviembre y de marzo a mayo. De diciembre a febrero y de junio a julio habitan en las orillas del Río. Estos cambios están regidos por las temporadas de caza y pesca y por las épocas de siembra y recolección. Las viviendas de cerca del Río no están agrupadas en poblado, cada indígena sitúa la suya en el lugar más conveniente y siempre escondidas de manera que no sea fácil distinguirla desde el camino principal. Tanto en el poblado como en la zona ribereña, todas las viviendas están orientadas con la puerta principal hacia el oriente, punto cardinal que la mentalidad indígena asocia con el sol, la luz y el bien.



Las casas son de planta en forma de arco ojival, esta forma se repite en la estructura de paredes y techo, compuesta de una fila de arcos de macana, que van unidos formando una bóveda, cubiertos totalmente de fino tejido de hojas. Todos los elementos de la construcción están unidos por medio de bejucos. La vivienda tiene el suelo de tierra apisonada y dos puertas de tablones o cañas. Existe otro tipo de casa, semejante al descrito, que difiere solamente en que la planta es rectangular.

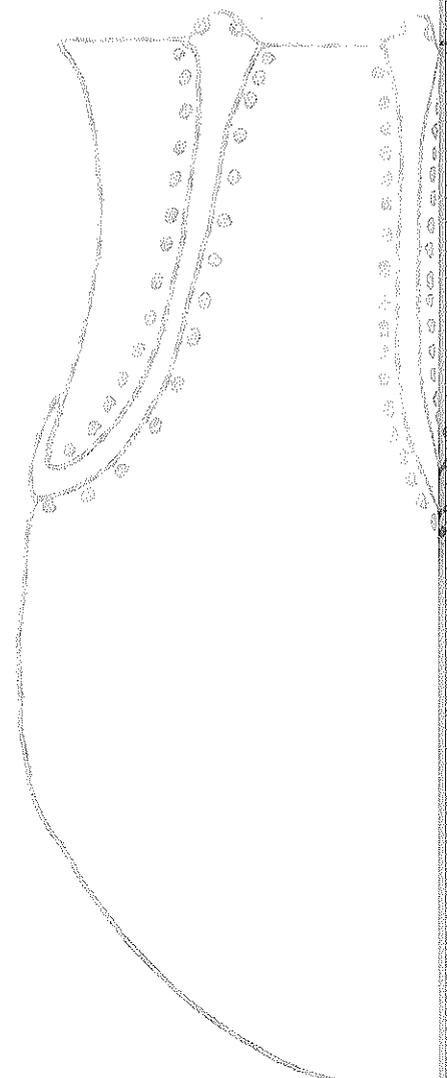
El interior de la vivienda es una sola estancia, de aproximadamente siete metros de largo por seis de ancho y cuatro y medio de altura; en su centro arde constantemente un fogón y las vigas, columnas y hojas secas entretejidas de paredes y techo están cubiertas totalmente de una capa de hollín, que se considera beneficiosa para la conservación de la madera y su preservación contra las inclemencias del tiempo y las plagas de insectos. Alrededor del fogón gira la vida hogareña de los cobarías, allí la mujer cocina y el hombre trabaja en tejidos o cestería. Circundando esta zona central están colocados los chinchorros, catres de caña o bultos de hojas para dormir. Contra las paredes y a todo lo largo del rancho se halla una zona de almacenamiento, sobre el suelo o en mochilas y petacas que cuelgan de las vigas.

En cada casa vive una familia primaria, consistente en el hombre, su mujer, sus hijos y los parientes más cercanos anexos al grupo de tales como abuelos, hermanas, viudas, etc. En los casos de poligamia, que se permite entre ellos, lo más común es el uso de una vivienda para cada esposa. El marido visita las casas alternativamente, por temporadas de quince días o un mes. También sucede, aunque con menor frecuencia, que el indígena viva con varias esposas en una misma casa.

Los cobarías construyen refugios temporales para pasar la noche en la montaña, o para cortas temporadas de caza y pesca. Estas construcciones consisten en cuatro horcones verticales que sostienen un techo que baja hasta el suelo y sirve para proteger contra el viento y la lluvia; tiene dos de sus lados completamente abiertos. Mucho más provisional y por tanto más sencillo es el refugio formado por varias hojas de heliconia, clavadas por el tallo en la tierra y unidas en sus extremos, par formar un pequeño recinto donde el indio apenas cabe acurrucado.

La casa ceremonial o casa del baile es idéntica en forma a la vivienda común, pero mucho más grande y de mejor acabado. Tiene doce metros de ancho por veinticuatro de largo y seis de alto. Se levanta en una prominencia en la mitad del poblado y en ella vive el "Careca", Jefe y Brujo de los Cobarías. Allí se celebran los bailes rituales, con los cuales cada año se agradece al Dios Sira por la cosecha de maíz.

Armoniosa en sus proporciones, elegante en su estructuración, la vivienda del tunebo cumple adecuadamente su función elemental de albergue y protección.



## El Baile del Maíz en Cobaría

En el Sarare, entre Boyacá y Santander, cada año al iniciarse agosto los tunebos abandonan temporalmente sus viviendas a orillas del río Cobaría, donde cazan y pescan desde el mes de mayo, para subir a una región de la montaña donde tienen sembrados de maíz y una agrupación de cuarenta y cinco chozas que forman una pequeña población, llamada, igual que el río, Cobaría.

Es la época en que el maíz comienza a dar su fruto. Las casas, abandonadas durante varios meses, vuelven a abrirse. Otra vez cuelgan los chinchorros de fique en las vigas renegridas por el humo, que se filtra por las hojas secas entretrejidas y corona los techos. Sobre tres piedras, el fogón arde constantemente en el interior de la vivienda; es el centro de la actividad del indio, y junto a él teje el hombre mochilas y adereza flechas, desgrana la mujer la mazorca tierna y bailan los niños sus trompos silbadores de cuesco.

Para agradecer a Sira, Dios Creador, Dios de la luz, por los beneficios de la cosecha, se realizan bailes rituales que son la más importante manifestación exterior de las creencias Tunebas. El prepararlos preocupa al indio durante todo el año y el asistir a ellos es el acontecimiento más importante dentro de su ritmo de vida.

El octavo día del octavo mes, que los tunebos cuentan por lunas, es el primero de los ocho bailes del maíz. Sisera, el "Careca", Caudillo y Brujo de los Cobarías, hace sonar su caracol desde la casa ceremonial y a su llamado acuden los tunebos de Rinconada, Cobarachía, Rebería y Bócota. Por las trochas de la montaña brumosa bajan los indios con sus mujeres y sus hijos. Ellas se cubren la cabeza y la espalda con hojas de palma para resguardarse de la lluvia, copiosa e insistente.

La casa ceremonial o casa del baile es una construcción de planta en forma de arco ojival cuya estructura, semejante a la proa de un barco con la quilla hacia el cielo, cubierta totalmente de fino tejido de hojas, se alza en una prominencia en mitad del cacerío. Es su interior una sola estancia de diez por veinte metros, sin columnas centrales, con suelo de tierra apisonada. En el centro coloca el "Careca" verticalmente una vara de madera especial y alrededor de ella una pila de leña. La vara se enciende al iniciarse la ceremonia y debe durar prendida hasta la terminación del rito.

Al ponerse el sol los indios se hallan reunidos dentro de la casa del baile, con sus prendas más nuevas. Las mujeres usan collares de concha y una ruana carmelita enrollada al cuerpo y sujeta al hombre con agujetas de hueso. Los hombres lucen collares de colmillos de váquiro, llevan guayuco y camisa, algunos pantalón y otros chaleco. El "Careca" enciende la hoguera central. Lleva una "cócora" o corona de paja, orlada con plumas de tucán. Inicia el canto acompañado con maracas de calabazo. Los tunebos se toman de las manos formando una cadena y comienzan a bailar alrededor del fuego, precedidos por el Brujo. Los hombres van delante y las mujeres detrás, moviéndose en una especie de trote acompasado que aumenta o decrece en velocidad de acuerdo con la pauta marcada por el canto y la música. Los niños también participan; los varones van con el padre, las niñas con las mujeres y los más pequeños cargados sobre las espaldas de sus madres. Los cinco cantores: Sisera, Fanvira, Enuasá, Bu-

ría y Tucarasá, llevan "cócoras" emplumadas y se turnan para cantar durante la noche entera. Estos cantos los han aprendido por tradición y algunas de sus partes, en tunebo arcaico, las repiten de memoria sin comprender su significado. Relatan cómo Sira puso a los tunebos en la montaña y les creó un pozo de agua, redondo, rodeado de árboles; pozo que sólo es para ellos y aparece en cualquier lugar donde establezcan sus poblados. Cuentan las historias de su emigración, de su peregrinaje continuo y lleno de sufrimientos por Siraquesía, Ritambría y todos los sitios que tuvieron que abandonar antes de llegar a Cobaría. Cuentan también sobre los animales de monte: los pajiiles, las garzas, los venados, las dantas, los tucanes. Cuentan del váquiro, que Sira creó especialmente para ellos e imitan sus carreras por el bosque, saltando repetidamente sobre la candela.

Toda la noche bailan, repitiendo los cantos, acompañándolos con maracas, flautas y capadores. Algunos descansan en chinchorros colgados en los rincones, pero siempre está danzando la cadena de tunebos, circundando el fuego unas veces lentamente, otras con rapidez, a grandes brinco, con carreras o saltos, en medio del humo que llena la estancia. Hay un momento culminante del

ritual en que Sira está cerca, escuchando; entonces salen todos los indígenas de la casa ceremonial y dan gracias gritando hacia el cielo.

Al amanecer, cuando la vara central se ha consumido, los cantores callan, los danzantes se detienen y la ceremonia termina. Con las primeras luces regresan a sus casas y sin dormir realizan las tareas normales del día.

Cada baile comprende dos noches seguidas. En los últimos de la temporada preparan chicha de maíz y se emborrachan, especialmente los cantores, entonces los ánimos se exaltan, el monótono cantar se hace más intenso y sentido, la danza es más viva y la ceremonia puede prolongarse hasta cuatro noches.

Terminan estos ritos a principios de noviembre, cuando los tunebos han recogido la cosecha en Cobaría y se van a las orillas del río a cazar y a pescar. La semilla del maíz queda germinando y el octavo día del octavo mes sonará de nuevo el caracol en la casa ceremonial para llamarlos a dar gracias a Sira por la cosecha ♦

